

# MEMORIAS DE UN FORÁNEO

VÍCTOR PÉREZ FRÍAS\*

Recuerdo aún las gélidas mañanas y las sofocantes tardes de cuando era universitario como si hubieran sido ayer. Llegué a curtirme tan bien de los banales deseos de un estudiante, cuyas mayores preocupaciones no consistían más que en terminar sus tareas y en pensar qué podría hacerse de desayuno, comida y cena al día siguiente, tanto, que ahora antes de irme a dormir, siento que despertaré exactamente a las cinco en punto de la mañana y, después del sagrado ritual del aseo mañanero, partiré a mi alma máter para encontrarme con mis compañeros.

Aquel trajín con personajes como Bolaina: dientudo pipero con sempiterna gorra que el verlo sin ella parecía que tuviera media cabeza; Vélez, risueño rizado con frenos y porte de actorcito de quinta; Édgar, el metalero azabache con color de piel que lo hacía fiel a la música de Belcebú aún sin vestir ropajes negros; Litzy, simpática oxigenada que se portaba como un señorito más (que había que estar bien curtido para estar con nosotros más de una hora); Landy, pigmea y pardusca señorita que sufría la perpetuidad de viejos amores, y la Yuhaynona, quien padecía de la misma enfer-

medad (no aceptada en las enciclopedias oficiales de medicina).

Otros no tan olvidados son: Thiago, exiguo treintañero con la experiencia y energía de la que carecíamos todo el día; Rodolfo, fashionista pasado de carnes, con una voz demasiado aguda para su grosor; Andrés, empedernido fumador que reemplazaría a las pipas de La Industrial cualquier día de la semana; Ronaldo, fashionista con cuerpo de alfiler y risa estrepitosa. Y por último, el Roberto Carlos, enjuto de carnes y galgo conquistador, sobre todo con preparatorias.

Aún me parece que, en vez de ir al trabajo, tendré que pasar horas enteras en diversas aulas trabajando con mis compañeros, a quienes saludaré con un simple *hola*, sin considerar que al día de hoy, tal vez tengan familia, deudas, hipotecas, canas, arrugas y se los está llevando la fregada con alguna enfermedad terminal... o bien, pueden estar la mar de bien y dar gracias a Dios por ello.

Ser foráneo es casi siempre sinónimo de “estudihambre”, en el que muchas veces *semanearse* no tenía nada que envidiarle a la más tortuosa misión de supervivencia en el bosque (porque si

bien no había osos o hiedra venenosa, sí que había automovilistas locos y asaltantes por debajo de las piedras).

Quizá mi misión de supervivencia era algo más difícil que la de mis coloridos compañeros. Hace muchos años, una tía vino del gabacho y construyó una casa hermosa al estilo gringo cerca de la universidad. Sin embargo, como casi nunca se la pasaba de este lado de la frontera, cayó en un desuso terrible. Un primo estudiante de biología la habitó por algún tiempo. Luego le convidó a otro amigo estudiante de gastronomía a quedarse, aunque, era como si nadie viviera ahí, de cualquier modo.

El quedarme en aquella casa significaba no pagar renta, además de un espacio grande para mí solo, no obstante, tenía su precio bien medido; fue como vivir en una novela de Dostoievsky. La cocina estaba infestada de animales como cucarachas, ratas, hormigas y el suelo, tan sucio y grasiento que ni las alimañas querían morir sobre él.

Mi cuarto estaba en una especie de buhardilla, en el último piso, la azotea se encontraba justo al lado, donde lavaban ropa o se

\* Estudiante de tercer semestre de la Licenciatura en Idiomas, miembro fundador de la Orquesta Filarmónica COBATAB. perezfrias-victor@gmail.com

40  
Cinzontle

reunían a tomar alcohol y, para colmo de los infiernos, un día al azar de la semana la atmósfera se plagaba del barullo de la borrachera con canciones del vulgo en las que los oscuros recesos del alma humana salían a flote en roces carnales y subrepticios deseos materiales. Uno pensaría que en cualquier momento me convertiría en el perfecto Raskolnikov, en busca de la anciana Isabel para cometer mi crimen, porque el castigo ya lo estaba recibiendo.

Mis dos compañeros de casa tenían una habilidad sorprendente para la antipatía del lugar en donde vivían, dejando los utensilios de cocina que usaban tan sucios por tanto tiempo que yo llevaba la cuenta, cuando el récord se rompía me imaginaba felicitándolos con un buen sopapo a cada uno. Después de un tiempo, no supe distinguir si las masas amorfas en el lavabo era comida pasada o un simple experimento de mi primo, el biólogo, aunque, estoy seguro que si hubiera tenido la mínima intuición para asear, habría llevado dichas masas como nuevos y brillantes descubrimientos biológicos, ya veía los encabezados “*¿Se descubre vida inteligente en las sobras de ensalada de novios de hace un mes?*”

Teníamos un pequeño refrigerador en el cual guardábamos las cosas que podían entrar al estilo *tetris*, y, al sacarlas de nuevo, tenían extrañas formas cuboidales. Tomando en cuenta las necesidades que exigían las carreras de mis compañeros; no era nada agradable que al intentar sacar tus sagrados alimentos encontraras intestinos de sapos congelados o decantación de jengibre ¡Yo nunca dejé mis verbos en pluscuamperfecto del subjuntivo franceses en el refri!

La supervivencia era vital, pues era comer o ser comido... por las

ratas, mayormente. Cada vez que abría la alacena, algo me faltaba; ni las trampas que puse pudieron ahuyentarlas, hasta que tuve que enfrentarme con la Rata Madre, un roedor tan gigantesco como un gato, líder de todas y autora intelectual de los usufructos a mi despena personal.

Casi pierdo una pierna y un brazo por las mordeduras que me dio con esos dientes con que atravesaba la madera, hasta que la derroté con una pasta de arroz del lavabo tan vieja que el roedor se destrozó los dientes en tres pedazos al primer mordisco, y yo, mandíbula batiente, la acorralé con el resto de la pasta mientras era atravesada de lado a lado con un viejo punzón de carnes. Desde ese día pude comer mis alimentos en sagrada alevosía. Terminaría el épico relato con la escena final en la cual degollé al monstruo, lo cociné, repartí su carne y piel entre los pobres del pueblo moribundo... pero revelaría que leí demasiado a Amadís de Gaula durante mis noches de indigestión.

Recuerdo sobre todo a mi amigo Bolaina, quien lo que no sonreía en casa, nos lo hacía sacar a carcajadas en cada una de las travesías que la tarea nos permitía reír. Tenía cejas grandes y un peinado horrible, pero siempre estaba la santa gorra para salvar su apariencia, y, al reírse como el loco que era, dejaba ver los dientes tan maltratados que tenía, producto de una afición inmoderada al consumo de los estimulantes artificiales. Eran sus dulces favoritos, como los de Harry Potter. *—¿De cuál quieres, chavo? Hay dulces para reír, para soñar, para dormir, para que estés tan despierto que ni un toro te tumba, por mi mamacita y la virgencita, palabra.*

Recuerdo que llegaba golpeado cada semana, mientras una herida cicatrizaba, ya había añadido otra a su colección personal, se reía cuando le preguntábamos siempre a qué se debían sus males. Y él sonreía, como siempre lo hacen quienes no saben qué responder. Casi siempre, luego de decir su gracia del día, lo veía de reojo y lo encontraba viendo a la nada, viajando, como siempre. Recuerdo que en Filosofía nos dejaron un ejercicio, escribir por qué éramos felices. Ese es, quizá, el día que más recuerdo de la universidad, con mayor nitidez, porque él se levantó no bien pasaron cinco minutos de la actividad, y no regresó en todo el día. Al día siguiente tampoco, lo buscamos en su departamento. La puerta estaba atrancada, la forzamos y lo encontramos tirado bajo la cama, muerto por sobredosis. Lo más curioso, sin embargo, es que en su mesita de noche estaba su cuaderno de Filosofía en la página con el título *¿Por qué soy feliz?* Y debajo, las palabras “*Soy feliz porque...*”. Su cara figuraba lo que parecía ser una mueca tirándole a sonrisa. Ahí entendí, que al menos se fue de la única manera en que sabía ser feliz.

Ahora, algo tullido y más canso, pienso a diario en lo que nuestras decisiones nos convierten; de jóvenes, podemos modelar nuestro futuro a pesar de las circunstancias. Ser joven no es sinónimo de ser un libertino estrepitoso que se burla de la vejez como si ésta nunca fuera a llegar. Mis decisiones me han traído aquí, pero también, bien escogidas pueden formar o bien grandes hombres, u hombres débiles, pobreza moral o grandeza espiritual, mentes pacíficas, corazones puros, o como en el caso de mi amigo Bolaina, cadáveres.